
LOS LIMITES INFRANQUEABLES

Antonio Santesmases



2

Tras los resultados electorales del 28 de octubre cabe plantear una primera reflexión sobre el cambio social que pueden llevar a cabo los socialistas desde el poder gubernamental. ¿A qué desafíos tendrán que responder? ¹ ¿Están suficientemente perfilados los márgenes de actuación, los límites que nunca deben ser traspasados?

Es evidente que todo lo que podamos decir está formulado a nivel de hipótesis, ya que ni vamos a realizar un recuento exhaustivo de las barreras que pueden limitar a los socialistas, ni podemos prever la densidad de cada una de las resistencias que éstos se verán obligados a allanar.

Antes de entrar en este tema conviene que nos detengamos en la situación política y en las expectativas previas al 28 de octubre. Dos meses antes de las elecciones la posibilidad de obtener la mayoría absoluta, de formar un gobierno monocolor, se veía extraordinariamente problemáti-

ca. Parecía difícil obtener la mayoría absoluta por múltiples razones. Unas declaraciones recientes de Alfonso Guerra reflejan la dificultad del intento:

**Parecía imposible
el aumento,
a derecha e izquierda,
del cuerpo
electoral.**

«En la primavera del ochenta elaboramos un documento sobre estrategia política en la que hablábamos de la necesidad de incrementar los votos entre ocho y diez millones. ¿Y de dónde se podían obtener? Teníamos dos direcciones. Una que estaba representada por los partidos que habían desaparecido y que habían dejado, como llamábamos nosotros, huérfanos de partido a cerca de dos millones de personas, como eran el PTE, la ORT.

Había también una crisis del Partido Comunista del que se estaban marchando no ya votantes, sino también militantes. Vimos que también esas personas orientarían su voto hacia el Partido Socialista. Luego había otra dirección: la de los sectores progresistas de UCD que, frustrados por la acción de un gobierno decepcionante, también iban a ver inclinados sus votos hacia nosotros o hacia la abstención. Y, por último, encontramos una zona en medio de las dos que a nosotros nos interesaba mucho que era la abstencionista. Así podríamos recoger un millón largo de huérfanos de partido, un millón del Partido Comunista, a casi dos millones de la UCD más progresista y casi un millón de los abstencionistas. Eso, que fue diseñado en la primavera del ochenta y uno, ha tenido un cumplimiento milimétrico»².

Estas palabras de Guerra reflejan, a mi juicio, un hecho sorprendente y difícilmente repetible: un aumento de voto proveniente de la izquierda extraparlamentaria, de la izquierda comunista, de la burguesía progresista, de la abstención. Este cuádruple aumento del voto va unido a la consolidación del propio voto socialista. Muchos pensábamos que esta estrategia electoral era inviable. Creíamos que iba a ser difícil, por no decir que imposible; que

era suspirar por la cuadratura del círculo el intentar este aumento, a derecha e izquierda, del cuerpo electoral.

Tras los descabros en los comicios autonómicos en Catalunya y Euskadi veíamos que no iba a ser sencillo el mantener los resultados del año 79 (mucho más difícil aún el aumentarlos tras los debates surgidos de la controvertida LOAPA). Era igualmente complejo avanzar en Galicia y en Castilla. No se puede olvidar el hecho de que la crítica socialista a la actual ley electoral venía de la relevancia desproporcionada dada a la España rural en detrimento de la España urbana e industrial.

El punto que, sin embargo, algunos de los críticos a esta estrategia veíamos como más difícil de realizar se cifraba en la posibilidad de aumentar, al unísono, el voto por la izquierda y por la derecha. Pensábamos que algunas de las alternativas programáticas socialistas, planteadas quizá para aumentar el espacio electoral del Partido Socialista por su derecha, inevitablemente le restarían votos por su izquierda. Creíamos que algunas de las declaraciones de significados líderes socialistas acerca de temas como las nacionalizaciones, la política exterior y el mantenimiento de las bases norteamericanas en territorio español, las subvenciones a la enseñanza privada, el aborto terapéutico... o algunas de sus actuaciones más discutibles (estatuto de los trabajadores, ley de defensa de la democracia, ley de seguridad ciudadana, LOAPA) inexorablemente le iban a restar votos por su izquierda. No estoy afirmando, de ninguna manera, que la «bondad» de estas leyes, o la «justeza» de aquellos comportamientos quede consagrado por los resultados electorales. Pienso que muchas de esas declaraciones son equívocas y que la aprobación de algunas de esas leyes nunca se debió producir³, pero es el hecho que, al menos electoralmente, el efecto negativo no se ha producido.

Se me puede objetar que en el programa electoral del Partido Socialista muchos de estos temas aparecen matizados más precisamente. Esta objeción es cierta, pero también lo es que la imagen de cara al electorado era que el Partido Socialista aceptaba la presencia de bases americanas en el territorio español, no reivindicaba abiertamente el aborto (salvo el aborto terapéutico), garantizaba, en las intervenciones televisivas, las subvenciones a la enseñanza privada, con mayor énfasis que el control de la comunidad escolar sobre las mismas y, por último, defendía la racionalidad intrínseca de la economía libre de mercado.

El programa electoral aparecía difundido insistiendo en su carácter no ideológico ni partidista. Existía un miedo cerval a hablar de un modelo de sociedad alternativo al existente, cuando el actual modelo, por cierto, no hace sino resquebrajarse por los cuatro costados. Esta desideologización propia del socialismo moderno, moderado, europeo, racional, que había logrado «enterrar» de una vez por todas la antigualla ideológica de los padres fundadores del socialismo clásico, algunos pensábamos que podría influir negativamente en ciertos sectores del electorado «huérfano», «abstencionista», que cubría el espacio de la izquierda social.

Se había llegado a hablar, por los críticos de izquierda a esta estrategia, que con tales planteamientos Felipe González perdería inevitablemente los votos de Pablo Iglesias, no llegando a formar nunca gobierno. Hay que decir que la prueba irrefutable de los hechos ha desmentido nuestros asertos. El socialismo progresista, regenerador, no marxista, ha logrado una increíble victoria electoral y va a formar gobierno. Al menos en este terreno la estrategia de la mayoría por el cambio, preconizada por el sector mayoritario del PSOE, ha triunfado. En la hora de la victoria es justo reconocer que, si bien es

cierto que para un Partido Socialista los resultados electorales no lo son todo, y que ni siquiera es siempre conveniente ganar elecciones a cualquier precio, también lo es que dado que muchas de las polémicas establecidas hasta el momento se cifraban en apostar por la manera como se ampliaba el espacio electoral, en ese terreno los hechos permiten al sector dominante del Partido Socialista estar de enhorabuena: su planteamiento ha llegado a buen fin.

El triunfo ha sido de tal calibre que otro de los puntos más discutidos y debatidos, el socialismo como proyecto autónomo, se ha hecho realidad. El desmoronamiento, al unísono, del centro político y del Partido Comunista deja arrinconada hasta mejor ocasión la polémica acerca del partenaire del Partido Socialista en las

Dentro del propio modelo democrático caben lecturas distintas de la constitución y proyectos diferenciados de acción social.

futuras tareas gubernamentales. Aquella «elección» inevitable que daría al traste con cualquier perspectiva rígidamente autonomista se ha esfumado: ni «frente-

populismo» ni «gran coalición». Las urnas le dan una victoria electoral al Partido Socialista (revalidada, además, para mayor evidencia, en el Senado) de tal magnitud, que el gobierno monocolor se impone.

El Partido Socialista podrá llegar en el futuro al gobierno en una situación económica más favorable, en una situación militar menos tensa, en una situación internacional más distendida... todo ello es posible, pero difícilmente podrá repetir unos resultados electorales tan abundantes como los del pasado 28 de octubre. Las posibilidades constitucionales y parlamentarias son inmejorables. ¿Son igualmente espléndidas las posibilidades sociales? ¿A qué resistencias deberán enfrentarse los socialistas para llevar a cabo su programa?

Antes de aventurarnos en este terreno convendría decir algo acerca del sistema

de partidos que se constituye en España. No creo que podamos, en este momento, saber a ciencia cierta qué futuro podemos correr: ¿Está agotado el espacio del partido centrista? ¿Está agotado, en nuestro país, el marco socio-político del Partido Comunista? ¿Lo está para cualquier otra formación política que se quiera ubicar a la izquierda del PSOE? ¿Tiene Fraga un techo electoral infranqueable? Todas estas son preguntas que el futuro nos irá desvelando. No me interesa, en este momento, entrar en ese tema, sino el preguntarme con Fraga si el actual sistema de partidos implica la reducción de las posibilidades socio-políticas a una alternancia entre un bloque conservador liberal y otro socialista moderado ⁴.

Lo primero que hay que resaltar es que si es difícil conseguir aglutinar un electorado tan marcadamente heterogéneo, más difícil es intentar conciliar demandas sociales tan contradictorias. Si es cierto el esquema expuesto anteriormente por Alfonso Guerra, han votado al PSOE desde el trabajador en paro hasta el joven pacifista, pasando por los liberales simplemente progresistas o los ecologistas anti-nucleares. Tal heterogeneidad hace que para algunos se trate simplemente (lo cual probablemente es mucho para nuestro país) de que el Estado funcione, mientras que para otros, por ejemplo, lo prioritario es salir de la OTAN, desarticular el golpismo, legalizar el aborto o acabar con el paro.

Dada la heterogeneidad de los apoyos sociales, la ambigüedad, mantenida en toda la campaña, acerca del modelo de sociedad no va a poder perpetuarse por mucho tiempo. Es evidente que no hay sólo dos modelos de sociedad, como se ha dicho equivocadamente: el constitucional-democrático y el involucionista-autoritario. Dentro del propio modelo democrático caben lecturas distintas de la constitución y proyectos diferenciados de acción

social. Tiene por ello razón Fraga cuando afirma:

«...a la larga, cada uno tiene que ocupar su sitio. Y unos aprueban la socialización, el aborto, el neutralismo, la escuela pública y laica... Otros preferimos la iniciativa privada, la libertad de empresa y de trabajo, la familia sólida, la defensa del mundo occidental y de sus valores, el derecho y el deber de los padres a educar a sus hijos...» ⁵.

Se puede argumentar que Alianza Popular no representa exactamente un bloque liberal-conservador que, pacíficamente, acepte la alternancia entre modelos sociales diferenciados, sino que catastrofista, apocalípticamente, se considera depositaria de una España unida que va a ser desmembrada irresponsablemente por rojos totalitarios. Es evidente que este tipo de retórica demagógica va a estar presente, constantemente, en la boca de Fraga, pero o aceptamos que ahí está la derecha española, la derecha pura y dura, que no por democrática va a dejar de ser pura y dura o, por el contrario, acentuamos los rasgos involucionistas-militaristas-golpistas de Alianza Popular, en cuyo caso el Partido Socialista aparece como el «único» partido democrático. Para llegar a esa situación de tensionamiento entre golpistas y demócratas más valdría no haberse empeinado en ocupar el espacio del centro político.

La inexorabilidad de elegir entre dos modelos de acción social viene de la claridad meridiana que tiene la derecha sobre el tema. Para Alianza Popular el bloque conservador liberal debe defender un modelo de política exterior netamente atlantista que huya de neutralismos desarmados e impotentes. (Detrás del desarme

**Transformar la escuela
o los derechos de la mujer
implica chocar con los que defienden
la hegemonía educativa
o la familia católica.**

unilateral, dirá Fraga, no está sino la mantanza.) Este atlantismo aparece para nuestra derecha pura y dura como preferible a cualquier «ambigüedad» en política

exterior del tipo de los que defienden bases sí, OTAN no.

Aquí tenemos el primer límite que, según la derecha, no debemos traspasar. La

adhesión al pacto atlántico debe ser mantenida a toda costa. Es obvio que en este tema los intereses estadounidenses (e inclusive las maniobras del gobierno Reagan cerca de Marruecos) constituyen un límite que nos va a costar franquear.

Un conservador liberal, atlantista, defiende un modelo de sociedad donde no sólo son abominables el pacifismo, el neutralismo, el tercermundismo, sino que se parte del supuesto de que la planificación económica no es sino el inicio de un inevitable camino de servidumbre donde el colectivismo, el intervencionismo, el estatismo, el burocratismo nos absorberán. No sólo quedaremos desbordados por la presión fiscal, por el desorbitado gasto público, por la inercia y arbitrariedad administrativa, sino que la gestión socialista nos irá acercando, indefectiblemente, al totalitarismo.

Es obvio, también, que en este punto las preferencias de la cúpula empresarial están claras. No hay que ser un genio económico para comprender que la disminución de las cargas fiscales y el control de las rentas salariales es un mecanismo inteligente para mantener la tasa de los beneficios, sin la cual no es posible ni cumplir con las santas virtudes del ahorro y de la conservación del patrimonio, ni hacer gala de la capacidad de riesgo e incertidumbre que impone la disciplina del mercado de nuestra sociedad competitiva.

Sin embargo, la retórica más gratificante para nuestra derecha pura y dura no viene de los encrespados temas económicos, sino de los grandes valores: la seguridad, el ahorro, el trabajo, la disciplina, el orden, la ley. Por ello Fraga de nuevo ha atinado, al expresarlo con su inequívoca claridad:

**Ni el atlantismo
es la patria de la libertad,
ni el Pacto de Varsovia
es el paradigma
del socialismo.**

«Yo tengo la sensación de que las grandes instituciones —como la Iglesia, por ejemplo— cuanto menos se las toque y se las inquiete en sus fundamentos, mejor»⁶.

Si entre esos fundamentos (en el caso del Ejército) está el vivirse como depositarios de la integridad del territorio, como llamados a reconducir cualquier desvarío de los políticos civiles, se puede llegar a ser «comprensivo» con los golpistas. Si el terrorismo aumenta sus acciones se puede proponer el estado de excepción o el estado de sitio (porque las guerras o se ganan o se pierden) o incitar a que la pena de muerte sea restaurada.

No parece prematuro afirmar que, tras los juicios del 23 de febrero, muchos de los altos mandos militares que por allí desfilaron se sentirían plenamente gratificados con el golpe de timón que Fraga propone. ¿Qué efectos tendrá en este contexto la disolución de Fuerza Nueva como partido? Esa es una interrogante que todos quisiéramos tener contestada.

Cuando Fraga habla de grandes instituciones no se refiere únicamente al Ejército sino que, en su modelo, tiene una enorme importancia el papel de la Iglesia. Por ello a los rasgos antedichos (conservadurismo, atlantismo, neoliberalismo económico, autoritarismo) habría que añadir el neconfesionalismo. Lo que los teólogos denominan la recatolización de lo privado, la reducción del mensaje religioso a los ámbitos donde su magisterio sea más efectivo, la escuela y la familia, Fraga lo entiende y lo acepta⁷.

Nadie podrá dudar tampoco del lugar donde se encuentra el apoyo que la campaña del iracundo Padre Martínez Fuertes diciendo que el futuro de la escuela estaba en juego y que ahora declara que las elecciones no afectan el modelo de escuela. No creo que sea tampoco dubitable que los gritos estentóreos del jefe del Estado del Vaticano acerca del execrable crimen

cometido contra inocentes víctimas no señalen límites que se desean intransitables⁸.

Este breve recorrido por algunos de los principios que constituyen el modelo de sociedad de Alianza Popular muestra que la derecha pura y dura tiene importantes apoyos internacionales, empresariales, militares y eclesiales, para intentar señalar límites que jamás deberán ser franqueados por la política gubernamental socialista. Estos apoyos se incrementan si pensamos en las grandes corporaciones sociales y en los poderosos medios de comunicación que están detrás del proyecto de la derecha para nuestro país.

Una vez más tener los votos en las urnas no significa lo mismo que tener los

apoyos sociales que permitan instrumentar, desde el gobierno, políticas de cambio. Es evidente que si estudiamos el problema, desde los contraprincipios que de-

fiende Fraga no se trata sólo de mostrar racionalmente si la escuela pública, laica, autogestionaria, constituye un modelo de educación preferible a la imposición de idearios de cuño medieval por patronos-directores.

No basta tampoco con defender el derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo, a tener una maternidad deseada. Lo que hay que plantearse es que llevar a cabo una transformación en la escuela o en los derechos de la mujer implica chocar con los que defienden la homogeneidad educativa o la familia católica. Implica una confrontación con la pretensión de la institución eclesiástica de ser la depositaria y la monopolizadora de las definiciones morales.

Hay que meditar muy seriamente la forma de confrontación, el estilo de la polémica, los apoyos en los movimientos feministas y de enseñantes, para llevar a cabo esta tarea. Si se quieren llevar a la

práctica las propias reivindicaciones del programa socialista la dialéctica entre la negociación inteligente, en algunos casos, y el conflicto inevitable en otros, no puede ser rehuída.

De igual modo existe un modelo de sociedad atlántico-occidental que considera una veleidad tercermundista cualquier apuesta por la neutralidad, y, sin embargo, a nivel de principios, es evidente que el socialismo no puede aceptar la dialéctica infernal de los bloques ni verse forzado a optar por la alternativa entre el imperalismo atlántico o la dictadura burocrática del Este. Ni el atlantismo es la patria de la libertad, ni el Pacto de Varsovia es el paradigma del socialismo. Esto que puede estar claro a nivel de principios va a tener que ser revalidado en la práctica.

**El partido
debe tener
una autonomía
frente
al Gobierno.**

Para prevenir cualquier desvío imprevisto, el editorialista del diario *El País* (y es un ejemplo significativo de los límites que también quiere señalar al gobierno

socialista el periódico más progresista de nuestro entorno) ya se ha encargado de recordar que sería una «imprudencia» cualquier posición rígidamente antiatlántica. La administración Reagan, nos viene a decir el editorialista⁹, podría pasar de una situación de expectación a un apoyo a las intencionadas golpistas. Con lo cual parece señalarse otro tipo de límite infranqueable: si no queremos volver al golpismo, aceptemos el atlantismo. Mediante tal tipo de chantajes podemos llegar a una situación que haga que efectivamente la amenaza de involución, de ruptura traumática, sea el gran chantaje para aceptar no el modelo de sociedad democrático, sino la lectura conservadora del modelo constitucional, es decir, los principios a los que hemos ido haciendo mención; en esta ocasión, a aceptar como inexorable el atlantismo.

Con respecto al tema del militarismo y del autoritarismo, el chantaje ha sido preparado con cuidado. Bajo términos ambi-

guos («autonomía del poder militar») se trata de dar por bueno un modelo de democracia autoritaria donde el poder militar no esté subordinado al poder civil. Luchar por lo contrario, porque un ejército profesionalizado y moderno sea respetuoso con las urnas y no tenga la permanente tentación de reconducir la situación, de controlar la vida social, de intervenir en los asuntos del Estado, exige, entre otras cosas, romper con la gestión llevada a cabo tras el 23-F, que ha implicado una progresiva autonomía de la cúpula militar en su relación con el Ministerio de Defensa¹⁰.

Hemos escrito repetidamente en estas páginas de *Leviatán* que la gran tragedia para la izquierda de la transición política, entre otras, ha sido el asistir a la aceptación por parte de la izquierda social de una austeridad económica que no ha tenido como contrapartida una democratización del Estado. Hasta ahora la izquierda a lo sumo podía haber ejercido una oposición y un control parlamentario más duro para poder lograr este propósito. En este momento, sin embargo, la posibilidad y la necesidad de realizar esta tarea va a ser imperiosa. Para llevar a cabo sus objetivos la izquierda va a chocar con los intereses y prerrogativas de los grandes cuerpos del Estado, de las grandes corporaciones sociales que, desde sus organizaciones (sanitarias, educativas, empresariales), van a luchar en el Parlamento, en la prensa y en la calle contra las reformas de los socialistas.

Hay que tener muy claro que las batallas sociales y políticas fuertemente cargadas de ideología van a ser inevitables si no se quiere renunciar al programa electoral, por moderado que éste pueda ser. Para llevar a cabo esta batalla se necesita de un partido mucho más fuerte que el existente, mucho más plural y mucho más arraigado en los movimientos sociales que pueda contrarrestar el poder social de las cor-

poraciones de la derecha. Un partido que a la par de responder puntualmente a las provocaciones de la derecha, sepa vibrar ideológicamente para apoyar críticamente al gobierno salido de las urnas.

Para ello el partido tiene que tener una autonomía frente al gobierno, una autonomía que le permita una personalidad propia y que posibilite la imbricación y la integración de colectivos sociales tan dispares como la antigua izquierda extraparlamentaria o comunista y los sectores socialdemócratas. El reto de crear ese partido es decisivo para hacer frente al cambio que electoralmente ha sido logrado.

Para los que consideran que la ruptura democrática era posible, que fue malbaratada por la traición de los dirigentes de los partidos reformistas, la gestión de los socialistas en el gobierno aparece ya prefijada: no harán sino someterse a los designios de los poderes fácticos. Ayer aceptaron la monarquía y olvidaron la república, mañana recortarán sus programas, olvidarán sus promesas, y la gran patronal podrá imponer la austeridad económica, Estados Unidos el atlantismo y las grandes instituciones (Ejército, Iglesia) no verán puestos en cuestión sus fundamentos.

La aceptación de todos y cada uno de los principios del orden social existente es una de las posibilidades. Sumisión a los poderes fácticos que se habría dado no ya hipotética, sino inevitablemente, si se hubiera tenido que gobernar en coalición con la derecha disfrazada de centro. Sin embargo también es posible que con un gobierno parlamentariamente fuerte, aún no cuestionando la lógica del sistema capitalista, quepa realizar una política tendente al neutralismo en política exterior, conducente al laicismo en el tema escolar,

sensible a las reivindicaciones del movimiento feminista, respetuoso con las libertades. Una política que transforme las instituciones desde la Seguridad Social a la

**No pueden confundirse
los designios
coyunturales
con los presupuestos
del socialismo.**

Administración de Justicia, pasando por la televisión o la administración burocrática.

Este tipo de política de democratiza-

ción del Estado, de modernización de la sociedad, no es una política específicamente socialista. Es una política realizada por la burguesía democrática en muchos países europeos. En España la debilidad congénita de esta burguesía, la atracción por fórmulas puras y duras, hace inexorable esta tarea. Realizarla no puede ser, sin embargo, confundir los designios coyunturales con los presupuestos ideológicos, estratégicos y políticos del socialismo. Es necesario que el Estado funcione si la alternativa a su funcionamiento es la aparición del militarismo sacral. Es una condición imprescindible si queremos que la frágil democracia española llegue a consolidarse.

El problema no está en realizar esa tarea estatal-institucional, el problema estriba en pensar que esa tarea es la única que debe realizar el Partido Socialista o en creer que esa es ya una tarea específicamente socialista. De afirmar que no es una tarea socialista no se infiere que los socialistas no la deben llevar a cabo, no se infiere que la misión de éstos sea mirar expectantes cómo la tarea de democratización la llevan a cabo otros, mientras nosotros podemos esperar con placidez el desarrollo de las acciones de la inexistente burguesía democrática.

Es muy cierto que la debilidad congénita de la burguesía española, que la crisis del centrismo, que el carácter más conservador-autoritario-reaccionario, que liberal, reformista o popular del partido de Fraga hace que el Partido Socialista se vea forzado a cubrir no sólo electoralmente el espacio del centro sino a realizar gubernamentalmente políticas de signo centrista. Si no se quiere que estas políticas lo sean todo, si no se quiere que el centrismo reformista sea el carácter distintivo del Partido Socialista, hay que saber distinguir entre

Si difícil es conseguir un resultado electoral tan abultado, lo es más el consolidar una pluralidad de apoyos sociales tan diversificados.

la necesidad histórica de llevar a cabo una función y la reivindicación de los principios ideológicos que constituyen las señas de identidad del socialismo.

Es cierto que sólo con principios no se elabora ninguna política, pero también lo es que la mejor forma de resolver la difícil conflictividad entre los principios teóricos y la prueba de la práctica es arrojar los principios a las tinieblas exteriores. Arrojadlos de la propia casa ya no volverán a inquietarnos con preguntas inoportunas sobre los comportamientos que desarrollamos, éstos tienen su propia «lógica» que ninguna ideología puede llegar a comprender.

Este tipo de reducción de la razón política a razón instrumental, de la política al mundo de los negocios, implica una superación de las ideologías clásicas por un tipo de tecnoburocracia sonriente que no logra ir más allá de los propios condicionamientos del sistema. Para ir más allá se necesita una dosis de imaginación, de audacia, que no se puede soslayar si no se quiere reproducir miméticamente las estructuras actuales existentes.

Dos últimas consideraciones para terminar:

1) Si es difícil conseguir un resultado electoral tan abultado, más difícil todavía es consolidar una pluralidad de apoyos sociales tan diversificados. Las demandas de los colectivos que apoyan al PSOE son distintas e inclusive en algunas ocasiones contradictorias.

La pregunta está en los cambios que se necesita realizar, en el interior del partido, para lograr sintetizar apoyos tan diversificados. El trasvase, el vaciamiento de los cuadros del partido en la Administración del Estado, unido a otros fenómenos que no se pueden olvidar (la excesiva unanimidad de las últimas resoluciones congresuales, el grado de carisma absor-

vente de su líder principal) hacen del Partido Socialista un partido poco apto, si no se transforma, para recibir a militantes de otras formaciones de izquierda que deseen apoyar el cambio con algo más que su voto en la urna.

Si a todo ello añadimos la escasa presencia de los militantes socialistas en los débiles movimientos sociales y la falta de apoyo claro del partido a las reivindicaciones de estos colectivos, pudiera ocurrir que el partido que ha logrado abrirse a capas sociales diversificadas no sea capaz de aparecer como un organismo vivo e integrador de distintas sensibilidades.

Desde este punto de vista parece impropio, por ejemplo, afirmar sin más que el partido no va a controlar democráticamente al gobierno, pero más sorprendente y peligroso aún sería pretender controlar férreamente al partido desde el gobierno, o simple y llanamente reducirlo a un olvido indiferente.

2) Se ha insistido repetidamente en la campaña electoral en la necesidad de una regeneración moral de la sociedad española. Hay que decir que el camino del infierno está lleno de piadosos deseos y salpicado de buenos sentimientos.

Una regeneración moral, en un momento de crisis económica galopante, puede implicar cosas notablemente distintas. Para algunos regenerar es volver a poner las cosas en su sitio, mantener la ley, el orden, la seguridad, la disciplina y el trabajo. Con toda razón habla Fraga de un modelo de sociedad moral-institucional, frente a una sociedad permisiva y libertaria.

Pienso que los socialistas no debemos tener el menor miedo a asumir esta distinción propuesta por Fraga, porque efectivamente frente a los que se siguen consi-

derando los depositarios de la moral, de la ley y del orden y de las demás virtudes teológico-eclesiales, nosotros debemos pensar que regenerar significa acabar con la moralina trasnochada de una sociedad hipócrita que pretende acotar constantemente límites infranqueables, sancionar comportamientos y reprimir actitudes.

Regenerar debe significar que no cabe plantear, sin sonrojo, que se cobren cinco sueldos, pero que es perfectamente posible ser diferente sin que ello implique ningún tipo de escándalo pudibundo o de sanción penal. Regenerar es acabar con la lógica de la normalización y de la exclusión, para apostar por una lógica de la pluralidad donde quepa ser catedrático y barítono, diputado y homosexual, católico y comunista, sin que la interferencia de códigos plurales (para el que así lo desee) deba ser reprobada por una sociedad disciplinaria que exigiría de cada uno de nosotros ser buenos, sencillos, santos, honrados y beatíficos. Pudiera ser que otros desearan ser alambicados y barrocos, herejes e iconoclastas, perversos y transgresores, sin que su opción deba ser, bajo ningún concepto, regenerada, redimida o comprimida.

Una de las muestras del cambio que deben de traer los socialistas habrá de verificarse en estos niveles cotidianos, mostrando que en esta ocasión regenerar es algo distinto a redimir, purificar o exorcizar los demonios particulares de cada uno. Estos demonios familiares pueden permanecer, para uso y disfrute, en cada uno; los que sí deben ser arrancados son algunos de los demonios sociales a los que hemos ido refiriéndonos a lo largo de este trabajo. Si regenerar es acabar con la corrupción administrativa, la tortura policial o

la manipulación informativa, habremos logrado mostrar que no existen límites infranqueables, que la hora del cambio efectivamente ha empezado ya.

**Regenerar
es acabar con la lógica
de la normalización
y de la
exclusión.**

¹ Un buen análisis periodístico de algunos de los problemas con los que se pueden encontrar los socialistas al pisar el poder, se puede ver en el reciente libro de César Alonso de los Ríos y Carlos Elordi: *El desafío socialista*. Editorial Laia. Barcelona, 1982.

² Declaraciones de Alfonso Guerra a *Diario 16*. 2 noviembre de 1982.

³ He tratado la crítica a estos puntos en mi artículo «El Calvario y el Secuestro», en esta revista. *Leviatán*, n.º 5.

⁴ Este análisis del sistema de partidos enfatizando la necesidad del bipartidismo entre el bloque conservador y el socialismo moderado aparece constantemente en las obras de Manuel Fraga. Se pueden consultar las dos últimas: *España entre dos modelos de sociedad*. Planeta. Barcelona, 1982, y *El cañón giratorio*. Conversaciones por E. Chamorro. Argos-Vergara. Barcelona, 1982.

⁵ Manuel Fraga: *España entre dos modelos de sociedad*. Pág. 209.

⁶ Manuel Fraga: *El cañón giratorio*. Pág. 83.

⁷ Manuel Fraga: *El cañón giratorio*. Pág. 138.

⁸ Un editorial del diario *Ya*, del 4-XI-82, «Tan mezquino, tan triste», refleja esto que digo. En él se afirma: «Aunque indirectamente este adoctrinamiento (se refiere a la Homilía del Papa) sirva para recordar a los poderes temporales que por muchos votos que los respalden (cuyo sentido, además, sería discutible) existen límites que no deben franquear y que no los ha puesto la doctrina revelada, sino la ley grabada por la naturaleza en el corazón humano y que empieza diciendo no matarás».

⁹ El editorial del diario *El País* es del viernes 29 de octubre de 1982 y dice textualmente: «La ausencia de un apoyo exterior a los deseos golpistas, digámoslo claramente, la suposición cierta de que una junta militar en España es algo no deseado por el gobierno Reagan... podría quizá someterse a revisión si el referéndum llega a convocarse».

¹⁰ Consultar en este sentido el capítulo del libro de Alonso de los Ríos dedicado al tema.